

El escándalo del padre Brown

G. K. Chesterton



El célebre clérigo pequeño y rechoncho, con un amplio sombrero y una amplia cara, apoyado casi siempre en un raído paraguas, creado por aquel —un tanto regordete también— que sabía demasiado, vuelve a recorrer mundo y a codearse con comunistas y delincuentes para resolver cuanto enigma se le presente para gozo de sus finos lectores.

El escándalo del Padre Brown

No sería honesto contar las aventuras del padre Brown sin admitir que una vez estuvo envuelto en un gran escándalo. Todavía existen personas, quizás entre las de su propia condición, que dirán que fue una mancha sobre su nombre. Sucedió en una pintoresca venta mexicana de bastante mala reputación, como se verá más adelante. Y para algunos pareció que por una vez el sacerdote había sido iluminado por un rayo de romanticismo y que su simpatía por la debilidad humana le llevó a una acción disoluta y no ortodoxa. La historia, en sí misma, era una historia simple, y tal vez lo sorprendente de ella consistió en su propia simplicidad.

Si Troya ardió por causa de Helena, esta desgraciada historia empezó con la belleza de Hypatia Potter. Los americanos tienen un gran poder, que los europeos nunca han sabido apreciar, en la creación de instituciones desde abajo, esto es, por iniciativa popular. Como todas las cosas buenas, posee los más brillantes aspectos. Uno de ellos, como ha sido observado por Mr. Welles y otros, es que una persona puede llegar a ser una institución pública sin ser a la vez una institución oficial. Una chica de gran belleza o brillantez será una especie de reina sin corona, aun cuando no sea una estrella de cine o el original de una Gibson Girl. Entre aquellas que tienen la suerte o la desgracia de vivir así, abiertamente en público, había una tal Hypatia Hard, que había pasado, de la etapa preliminar de recibir floridos cumplimientos en las notas de sociedad de la Prensa local, a la posición del que es interrogado por un verdadero pe-

riodista. Sobre la Guerra y la Paz, el Patriotismo, la Prohibición, la Evolución y la Biblia se había pronunciado con una sonrisa encantadora; y si ninguno de sus juicios aparecían muy cerca de los fundamentos reales de su reputación, era al menos igualmente difícil decir cuáles eran en realidad los fundamentos de dicha fama. Ser una belleza y, al mismo tiempo, la hija de un hombre rico, no son cosas raras en aquel país; pero a esto unía todo aquello que atrae el ojo errante del periodista. Ninguno de sus admiradores la había visto siquiera, ni tenía esperanza de conseguirlo. Y ninguno de ellos podía sacar ni un mezquino beneficio de la riqueza de su padre. Era simplemente una especie de romance popular, el moderno sustituto de la Mitología. Y en él se basaban los primeros fundamentos de la más tempestuosa novela en la cual ella debía figurar más tarde, en la que, según muchos sostuvieron, la reputación del padre Brown, como la de otros, quedó hecha jirones. Era cosa aceptada, unas veces románticamente y otras con resignación por aquellas a quienes la sátira americana ha llamado las Hermanas del Sollozo, que ella se había casado con un rico y respetable hombre de negocios apellidado Potter. Y hasta era posible considerarla como la señora Potter en el universal sobreentendido de que su marido era solamente el marido de la señora Potter.

Entonces se produjo el Gran Escándalo, por el cual sus amigos y enemigos quedaron horrorizados más allá de sus más profundos y encendidos deseos. Su nombre fue aparejado (según la singular frase corriente) con el de un hombre de letras que vivía en México, norteamericano por la nacionalidad, pero verdadero hispano-americano en espíritu. Desgraciadamente los vicios de él se parecían a las virtudes de ella, de las cuales eran una buena copia. Era nada menos que el famoso e infame Rudel Romanes, el poeta cuyas obras habían sido universalmente popularizadas por el veto de las bibliotecas y la persecución de la Policía. Sea lo que fuere, Hypatia, estrella pura y plácida, fue vista en conjun-

ción con este cometa. Él era a propósito para ser comparado a un cometa: melenudo y ardiente; lo primero por su aspecto; lo segundo, por su poesía. Era, asimismo, destructor; la cola del cometa consistía en un rastro de divorcios, los cuales eran considerados, por unos, como sus éxitos de amante, y, por otros, como sus continuos fracasos como esposo. Fue difícil para Hypatia; es tan difícil llevar en público una perfecta vida privada como un interior doméstico en un escaparate. Los periodistas refirieron algunas cosas oscuras que los paganos aplaudieron. Las Hermanas del Sollozo se permitieron una nota de romántico pesar. Algunos hasta tuvieron la cruel audacia de citar la frase «Debía de haber sido» del poema de Mand Mueller, consignando que, de todas las palabras habladas o escritas, las más tristes eran éstas. Mr. Agar P. Rock, que odiaba a la Hermandad del Sollozo con una total y recta aversión, dijo que en este caso se sentía enteramente de acuerdo con la enmienda del famoso poema de Bret Harte: «Más tristes están los que nosotros vemos diariamente; ello es así y no debiera ser».

Mr. Rock estaba firme y honestamente convencido de que un gran número de cosas no debieran existir. Era un mordaz y salvaje crítico de la degeneración nacional en el *Meteor* de Minneapolis, y un hombre intrépido y honesto. Es muy posible que se hubiera especializado excesivamente como el espíritu de la indignación, pero su reacción contra los cenagosos intentos de confundir lo recto y lo falso en el periodismo moderno y en la charlatanería era de origen suficientemente saludable. La expresaba primeramente en forma de protesta contra el impío halo romance que rodea al pistolero y al gángster. Quizá se inclinaba demasiado a pretender, con sana impaciencia, que todos los gángsters eran *dagos*^[1] y todos los *dagos* eran gángsters. Pero sus prejuicios, aunque fueran un poco provincianos, eran más bien sedantes después de cierta clase de heroísmo estúpido y vil propicio a mirar al asesino profesional como la figura de moda en tanto que los periodistas pudieran

referir que su sonrisa era irresistible y que su atuendo era impecable.

Sin embargo, sus prejuicios no se agitaban menos en el seno de Mr. Rock porque estuviera actualmente en el país de los *dagos*, que es cuando esta historia comienza. Trepando furiosamente un cerro, más allá de la frontera mexicana, se llegaba al blanco hotel orillado por palmeras ornamentales, donde se suponía que los Potter vivían y donde aquella misteriosa Hypatia había establecido su corte. Agar Rock era un buen ejemplo de puritano, digno de ser contemplado. Hubiese sido un viril puritano del siglo XVII mejor que un blanco y sofisticado puritano del XX. Si le hubieran dicho que su anticuado sombrero negro, su habitual ceño y su duro semblante nublaban la tierra soleada de las palmeras y los viñedos se habría mostrado muy satisfecho. Miraba a derecha e izquierda con ojos iluminados por sospechas infinitas.

Y, en efecto, vio en la cumbre a dos figuras dibujadas sobre la clara y subtropical puesta de sol. Figuras en una momentánea actitud, que aun al menos suspicaz de los hombres le hubieran hecho sospechar algo.

Una de las figuras era notable por sí misma. Estaba situada precisamente en el ángulo de la vuelta del camino, por encima del valle, como si poseyera cierto instinto para situarse, así como una actitud estatuaria. Iba envuelta en una gran capa negra, a la manera byroniana, y su cabeza erguida, de una belleza morena, era notablemente parecida a la de Byron. Este hombre tenía también el cabello rizado y las ventanas de la nariz curvadas; parecía murmurar algo contra el mundo con gran indignación y desprecio. Empuñaba un largo bastón de montaña, que tenía una contera en punta, como el usado por los alpinistas, y lo manejaba en ese momento con una caprichosa sugestión de lanza. Y la hacía parecer más caprichosa el cómico contraste con la otra figura, que llevaba un paraguas nuevo, cuidadosamente arrollado, muy distinto, por cierto, del paraguas del pa-

dre Brown. Iba pulcramente vestido con un elegante traje de fiesta. Era un hombre regordete con una recia y poblada barba; pero el prosaico paraguas era alzado y hasta blandido como si fuera un arma.

El hombre más alto se dirigió hacia él en forma apresuradamente defensiva y entonces la escena degeneró en comedia. El paraguas se abrió solo —al menos su propietario pareció hundirse tras él—, mientras el otro hombre tenía el aire de acometer con su lanza aquel gran escudo grotesco. Pero el otro no llevó muy lejos el ataque ni la riña. Cogió la lanza y se volvió impaciente y a grandes zancadas hacia el camino. Entretanto, el otro, levantando su paraguas, recogiendo cuidadosamente sus pliegues, encaminóse en dirección opuesta, hasta el hotel. Rock no había oído ninguna de las palabras de la riña que debían de haber precedido inmediatamente a este breve y más bien absurdo conflicto cuerpo a cuerpo. Pero siguiendo por el camino los pasos del hombre bajito de la barba, meditó muchas cosas. La capa romántica y el buen aspecto de personaje de ópera del uno, combinado con la firme resolución del otro, delineaban toda la historia que empezaba a investigar. Observó que podían haber sido señalados estos personajes por sus propios nombres: Romanes y Potter.

Su aparición fue plenamente confirmada cuando entró en el pórtico y oyó que la voz del hombre barbudo se alzaba dando órdenes. Evidentemente, estaba hablando al director o empleado del hotel y Rock escuchó lo suficiente para percatarse de que estaba previniéndolos contra un salvaje y peligroso individuo de la vecindad.

—Si realmente ha estado ya en el hotel —decía el hombre pequeño, contestando a cierto murmullo—, todo lo que he de decirles es que hubiera obrado mejor no permitiéndole la entrada otra vez. Su norma debe ser vigilar a un sujeto de esa clase, pero de cualquier modo, no quiero que la señora sea importunada por él.

Rock escuchó con ceñudo silencio y creciente convicción; entonces cruzó el vestíbulo hacia un gabinete donde vio el registro del hotel. Y al volver la última página vio que el *sujeto* había estado allí. Aparecía el nombre de «Rudel Romanes», aquel romántico y público personaje, en una ancha y florida escritura extranjera; y a continuación, a renglón seguido, uno junto al otro, los nombres de Hypatia Potter y Ellis T. Potter, escrito con correctos y clásicos caracteres americanos.

Agar Rock miró en tomo suyo y vio en los alrededores, y hasta en los pequeños detalles de la decoración del hotel, todo lo que odiaba más.

No es quizá razonable quejarse de que las naranjas crezcan en los naranjos, aun cuando sea en pequeños tiestos; además, muchas de ellas crecían sólo en las raídas cortinas o se marchitaban en el papel de la pared como un formal esquema de ornamento. Pero para él, estas rojas y doradas lunas, alternando decorativamente con otras plateadas, constituían un singular modo de ver la quintaesencia de la claridad lunar. Vio en todo ello ese sentimental deterioro que sus principios deploraban en las costumbres modernas y que sus prejuicios conectaban vagamente con el ardor y la blandura del Sur. Le molestaban hasta el punto de desviar la mirada de un oscuro tapiz que mostraba a medias un pastor de Watteau con la guitarra, o de un azulejo con el dibujo trivial de un Cupido sobre un delfín.

Su propio sentido común podía haberle dicho que todas esas cosas podían ser vistas en cualquier escaparate de la Quinta Avenida, pero, estuvieran donde estuvieran, eran como la burlesca voz de la sirena del Paganismo o del Mediterráneo. Y entonces, repentinamente, la vista de todas estas cosas parecía alterarle, como la tranquilidad de un espejo se alteraría con el paso, breve y fugaz, de una figura; se dio cuenta de que toda la sala estaba llena de presencias desafiadoras. Volvióse rápidamente y con cierta resistencia, percatándose de que estaba frente a la famosa Hy-

patia, acerca de la cual había leído y oído tanto durante muchos años.

Hypatia Potter, de soltera Hard, era una de esas personas a las cuales la palabra *radiante* debe serles aplicada definitiva y a la vez derivadamente. Esto es, ella consentía en irradiar lo que los periodistas llamaban «su personalidad». Hubiera sido igualmente bella y algo más atractiva si se hubiese reprimido. Pero ella había sido educada en la creencia de que contenerse era solamente egoísmo. Hubiera dicho que era perderse a sí misma para el Servicio: quizá fuera verdad decir que ella se había sostenido a sí misma para el Servicio.

Sus estelares ojos azules herían realmente, en el sentido en que la vieja metáfora hace de las miradas verdaderos dardos de Cupido, que matan a distancia. Pero con una abstracta concepción de conquista, más allá de la mera coquetería. Su cabello rubio pálido, arreglado como el nimbo de un santo, tenía un brillo de radiación eléctrica. Y cuando ella supo que el desconocido que tenía delante era Mr. Agar Rock, del *Meteor* de Minneapolis, sus ojos tomaron el aspecto de reflectores de largo alcance, barriendo el horizonte de los Estados.

Pero ahora la dama estaba equivocada, como algunas veces lo estaba. Porque Agar Rock no era Agar Rock, del *Meteor* de Minneapolis. En este momento era meramente Agar Rock; había surgido en él un grande y sincero impulso moral por encima de su tosco coraje de periodista. Un sentimiento profundamente mezclado de una caballerosa y nacional sensibilidad hacia la belleza, y una instantánea comezón de acción moral, de una especie cualquiera, lo cual también era nacional, le dio fuerza y nervio para afrontar una gran escena. Y para librarse de un enorme insulto. Recordó la Hypatia original, el bello neoplatonismo y cómo se había sentido impresionado, como un muchacho, por la historia de Kingsley, en la cual un joven monje la acusa de

prostitución e idolatría. Con férrea gravedad la confrontó con la presente historia y su protagonista, y dijo:

—Perdóneme, señora; desearía hablar con usted privadamente.

—Bien —repuso ella recorriendo la sala con su espléndida mirada—. No sé si considera usted esta sala como privada.

Rock miró también alrededor del salón y no pudo ver otro signo de ser viviente que los naranjos, si se exceptúa algo parecido a una seta negra y que él reconoció como el sombrero de algún cura indígena que fumaba estúpidamente un cigarro negro del país; inactivo como un vegetal. Miró por un momento aquel semblante pesado e inexpresivo, sin otra cosa que la rudeza de campesinos que tan a menudo tienen los sacerdotes en los países latinos y especialmente en la América española. Y bajó la voz, riendo levemente.

—Me imagino que este padre mexicano no conoce nuestro idioma —dijo—. Me sorprendería que ese símbolo de la holgazanería supiese otro idioma que no fuera el suyo. ¡Oh!, yo no juraría que es mexicano; debe de ser cualquier cosa, un indio mestizo o un negro, supongo. Pero respondo de que no es americano.

—Soy inglés y mi nombre es Brown —dijo el sacerdote levantándose—. Pero permítame dejarles a ustedes si desean estar solos.

—Si usted es inglés —dijo Rock acaloradamente—, debe de tener un cierto instinto nórdico para protestar contra este desatino. Bien, baste con decir que me encuentro en situación de testimoniar que hay aquí un sujeto completamente peligroso rondando por estos lugares; un sujeto alto, con una capa, como en los viejos retratos de poetas locos.

—Bueno, no adelantamos gran cosa con esto —dijo el sacerdote suavemente—. Muchas gentes de por aquí usan

esas capas a causa de que a menudo, después de la puesta del sol, se enfría la temperatura.

Rock le lanzó una oscura mirada repleta de duda. Sus sospechas de lo que simbolizaban los sombreros con forma de seta y los claros de luna habían desaparecido.

—No era solamente la capa —gruñó—, sino que era, en parte, la manera de llevarla puesta. Todo el aspecto del sujeto era teatral, bajo su maldita y teatral buena apariencia. Si usted, señora, me permite, le aconsejaría decididamente que no tuviera tratos con él, si viene aquí a molestarla. Su esposo ha ordenado ya al personal del hotel que evite su presencia.

Hypatia dio un paso y con un desusado ademán cubrióse la cara con las manos, introduciendo los dedos entre sus cabellos. Pareció que temblaba a causa de los sollozos, pero se repuso a tiempo y éstos cambiaron en una especie de risa salvaje.

—¡Oh!, son todos ustedes muy agradecidos —dijo de una manera desacostumbrada en ella.

Cabizbaja y precipitándose hacia la puerta, desapareció.

—Un poco histérica cuando ríe así —dijo Rock, incomodado. Entonces, volviéndose hacia el pequeño sacerdote, añadió—: Si, como dice, es usted inglés, debe estar de mi parte contra esos *dagos*. ¡Oh!, no soy uno de esos que hablan con desdén acerca de los no anglosajones. Pero existe algo que es la historia.

—En efecto —repuso el padre Brown—. Así usted sabrá que, gracias a estos *dagos*, el pueblo anglosajón es un pueblo civilizado.

Otra vez se despertó en la mente del otro la exasperante sensación de que su interlocutor estaba jugando con él de un modo desleal, secreto y evasivo. Y rápidamente se confesó su fracaso en contenerle.

—Bien, existió un *dago* y posiblemente un Wop llamado Julio César —dijo el padre Brown—. Fue más tarde muerto a puñaladas. Y hubo otro llamado Agustín, el cual trajo el

cristianismo a nuestra pequeña isla; y realmente yo no creo que hubiéramos tenido una gran civilización sin esos otros dos.

—Sin embargo, todo eso es historia antigua —dijo un poco irritado el periodista—, y estoy mucho más interesado por la historia moderna. Lo que yo veo es que esos bergantes traen el paganismo a nuestro país y destruyen todo lo que hay en él de cristianismo, destruyendo también todo el buen sentido que poseemos y todas las estables costumbres, el sólido orden social, todas esas maneras con las cuales los hombres del campo que fueron nuestros padres y nuestros abuelos se arreglaban para vivir en el mundo. Fundido todo en un saliente amasijo de sensaciones y sensualidades a propósito de estrellas del cine, que se divorcian todos los meses. Y haciendo creer a cada muchacha tonta que el matrimonio es el camino para llegar a divorciarse.

—Tiene usted razón —dijo el padre Brown—. Naturalmente, estoy en todo de acuerdo con usted. Pero debe usted hacer algunas concesiones. Tal vez estas gentes del Sur son un poco propensas a esa clase de faltas. Debe recordar que los del Norte tienen otra clase de pecados. Puede ser muy bien que estos devaneos animen a las gentes a dar demasiado valor e importancia a la simple novela...

Toda la íntegra indignación de la vida de Agar Rock se alzó en su interior al oír aquella palabra.

—Odio la novela —afirmó, golpeando en la mesita que tenía delante—. He combatido en los periódicos, para los cuales he trabajado durante cuarenta años, contra esa droga infernal. El hecho de que un pillo cualquiera huya precipitadamente con una moza de mostrador es presentado como una escapatoria romántica o algo así. Y ahora mismo, nuestra Hypatia Hard, hija de una familia decente, puede verse hundida en un desdichado caso de divorcio romántico, que sería trompeteado por todo el mundo como algo tan feliz como una boda de reyes. Ese loco de Romanes es-

tá rondándola, y adivine el resplandor que le seguiría, como si fuera cualquier *dago* corrompido llamado «gran amante» en las películas. Lo vi ahí fuera y tiene las facciones regulares de un héroe de la pantalla. Mis simpatías están ahora con la decencia y el sentido común. Están por el pobre Potter, un sencillo y honrado comisionista de Pittsburgh, que cree tener derecho a poseer su propio hogar. Y por ello lucha. Le he oído amonestando a la Dirección y ordenando impidan la entrada de ese granuja, y con razón. La gente de aquí parece una partida de astutos y escurridizos; pero me figuro que ya les ha metido el temor de Dios en el cuerpo.

—Realmente —dijo el padre Brown—, ¡estoy de acuerdo con usted acerca de la dirección y del personal de este hotel! Pero usted no debe juzgar del mismo modo a todos los mexicanos. Me imagino que el caballero de quien me habla no sólo los habrá amonestado, sino que les habrá repartido una cantidad suficiente para tener a su lado a todo el personal. Los he visto vigilando en las puertas y hablándose en voz baja con gran excitación. A propósito: su sencillo y honrado amigo parece tener mucho dinero.

—No dudo que sus negocios marchen muy bien —dijo Rock—. Indudablemente posee un gran talento para los negocios. ¿Qué quiere usted decir?

—Me imaginé que le sugeriría otra idea —dijo el padre Brown, y, levantándose con una cortesía un poco pesada, salió de la sala.

Aquella tarde, durante el almuerzo, Rock observó a Potter muy cuidadosamente y adquirió algunas nuevas impresiones, aunque ninguna que perturbara su profundo sentido del peligro que probablemente amenazaba la paz del hogar de Potter. Potter evaluaba (por sí mismo) cualquier estudio hecho de cerca. Aunque en principio, el periodista le había calificado de hombre prosaico y sencillo, era un placer ir reconociendo líneas refinadas en aquel que consideraba como héroe o víctima de una tragedia. Potter tenía

en realidad una cara más bien pensativa y distinguida aunque preocupada y en ocasiones petulante. Rock tuvo la impresión de que aquel hombre estaba recobrándose después de una enfermedad; su cabello marchito era claro y largo, como si últimamente lo hubiese descuidado, y su barba, un poco rala, producía la misma impresión. Ciertamente, habló sólo una o dos veces a su esposa en un tono mordaz y cortante, conversando a propósito de algunos productos de farmacia y diversos detalles relacionados con la digestión; pero su real preocupación concernía, indudablemente, al peligro de fuera. Su esposa jugaba con él, de una manera espléndida y algo condescendiente, el papel de paciente Griselda; pero sus ojos miraban también continuamente hacia las puertas y cerraduras, con cierto temor a una invasión. Rock tenía buenas razones para creer, después de las palabras de Hypatia, que su miedo había desaparecido, dejando en ella sólo una sombra de temor.

Fue a medianoche cuando el extraordinario suceso ocurrió. Rock, creyendo que era el último en ir a acostarse, quedó sorprendido al encontrar al padre Brown levantado, leyendo plácidamente un libro bajo un naranjo del salón. Le devolvió el saludo sin más palabras; ya tenía el periodista el pie en el primer peldaño de la escalera, cuando de pronto, la puerta del exterior saltó de sus goznes, bamboleándose y rechinando bajo los golpes desde fuera; y se oyó una fuerte voz, más ruidosa que los mismos golpes, pidiendo entrar. Desde luego, el periodista estaba seguro de que aquellos golpes habían sido dados con el mango de un bastón de montaña. Miró hacia la oscura planta baja, vio a los criados del hotel deslizarse para comprobar si todas las puertas estaban cerradas y cuidando de no abrir ninguna. Entonces, lentamente, subió a su habitación y sentóse, furioso a escribir su reportaje.

Describió el sitio del hotel, su ambiente demoníaco, su lujo miserable, las alusivas evasiones del sacerdote y, por encima de todo esto, la terrible voz, semejante a la de un

lobo que vagara alrededor de la casa. Mientras escribía oyó un nuevo sonido y se puso de pie de un salto. Era un largo y repetido silbido, al que odió doblemente, porque era como la señal del conspirador y la llamada amorosa de un pájaro. Después siguió un profundo silencio, durante el cual permaneció sentado y rígido; de pronto se levantó bruscamente, porque acababa de escuchar un nuevo ruido. Era un débil zumbido seguido de un golpe seco. Estaba casi seguro de que habían tirado algo contra la ventana. Bajó las escaleras sofocado, hacia la sala, que ahora se encontraba oscura y desierta, o casi desierta, ya que el pequeño sacerdote permanecía aún allí, sentado al pie del pequeño naranjo. Continuaba leyendo su libro, iluminado por la luz mortecina de una lámpara baja.

—Parece que se acuesta usted tarde —dijo ásperamente Rock.

—Me he vuelto muy disipado —repuso el padre Brown con una ancha sonrisa—, leyendo *Economistas de la usura* a altas horas de la noche.

—Todo está cerrado —dijo Rock.

—Verdaderamente, todo cerrado —replicó el padre Brown—. Su amigo, el de la barba, parece haber tomado todas las precauciones. A propósito: su amigo es un poco impetuoso; pensé que estaba algo enojado a la hora del almuerzo.

—Naturalmente —gruñó el otro—. Sí, él piensa que los salvajes, en este país salvaje, están aquí para destruir la vida de su hogar.

—Sería mucho mejor —dijo el padre Brown— que un hombre procurara hacer amable por dentro la vida de su hogar mientras la protege de las cosas de fuera.

—¡Oh!, ya se inventará usted toda clase de excusas casuísticas —dijo el otro—. Puede que él sea más bien rudo con su esposa, pero tiene el derecho de su parte. Oiga, usted me parece un perro sagaz. Me figuro que sabe un poco más de lo que dice acerca de ese hombre. ¿Qué demonios